

"El mendigo vuelve a su suelo querido"

El joven Príncipe y el vagabundo habían caminado mucho desde la ciudad de Ushuaia, hasta la ruta. Estaban muy cansados. Unos desconocidos que pasaban a caballo se ofrecieron amigablemente a llevarlos a la estación de trenes, ya que en esa ruta, ningún camionero a los que ellos le habían echo señas para que los llevara, quiso parar, debido al atuendo desgarrado y mal aspecto que tenía el vagabundo. Ya llegaba la noche y los jinetes, al reconocer el cansancio en el rostro de los caminantes, les ofrecieron descansar antes de seguir con su viaje...

Al llegar a una casa, el dueño les ofreció una reconfortante ducha al joven príncipe y al mendigo y les brindó ropa y comida caliente...

El joven príncipe preguntó, por qué ellos, sin conocerlos, le ofrecieron ayuda ¿No tenían miedo que dos desconocidos le hicieran algún daño? El hombre con un gesto melancólico, le contestó que el sol del atardecer, que caía sobre sus cabellos dejaba ver un hermoso color oro que hacía tiempo que no veía, eso le hizo recordar a una persona muy importante en su vida ¿Podía ese recuerdo ser malo? ...

El joven quedó pensando que extrañaba mucho a su amigo el aviador...

El dueño de casa se sintió feliz al tener como visita a estas persona, sin embargo, no tenía abrigo suficiente para darle a sus invitados y decidió sacar una colcha abrigada de lana de oveja que tenía muy bien guardada pero no pudo evitar empañar sus ojos de lágrimas, al regresar a su mente los recuerdos de su hijo que ya no está...

El principito que había escuchado sollozos, fue hasta donde provenía esos sonidos y vio al hombre abrazado a una gran manta blanca, el Principito tocó el hombro de éste y él, se largó a llorar en llanto angustioso, contándole así, sobre la muerte de su único hijo que falleció porque él no tenía el dinero suficiente para comprar su salud y que era capaz de regalar todo sus posesiones por volver a abrazar solo una vez más a su hijo.

El vagabundo estaba detrás de la puerta escuchando todo esto y no podía evitar recordar a sus padres y la tristeza que ellos sentirían al saber de su enfermedad...

Él pensó que alejándose de ellos evitaría sus sufrimientos para que así, sus padres siempre lo recordaran bien; sin embargo no se dio cuenta que al alejarse de ellos sellaría su propia desgracia, destruyéndose a sí mismo.

El Principito le dijo que todos llevan una mochila pesada pero que sin embargo, compartiendo ese peso, el viaje de la vida se hace más liviano.

Al otro día, mientras el sol asomaba, se sintió el estruendoso cacareo de un gallo, que despertó a los viajeros, el dueño de casa ya los estaba esperando con mate y chipá cuerito, que les ofreció bien calentito; el joven Príncipe miró extrañado esa rara forma de beber, sin embargo, no quiso despreciar la invitación, aunque al principio no sabía cómo tomarlo, probó varias veces y quedó maravillado por el sabor genuino de la infusión.

Luego de desayunar partieron hasta la estación de trenes con su pequeño equipaje pero lleno de cosas para comer que le había preparado el hombre: chipá cuerito, matambre y cuantas cosas uno se imagine poder llevar para comer en un largo viaje.

Los dueños de la casa llevaron a sus huéspedes a la estación, y al llegar, el hombre que había perdido a su hijo le dio al Principito la manta blanca de lana, y mientras esperaba el tren, el joven Príncipe, le pregunto al hombre, porqué le daba el acolchado de su hijo fallecido. El hombre le conto que la noche anterior, reflexiono mucho y que había concluido que : "Despedirse implica aceptar lo que está sucediendo, aunque esto sea un hecho trágico y doloroso".

Al despedirse el mendigo del buen hombre le dijo, que ni ~~por~~ todo el dinero del mundo puede comprar la salud de alguien, que si eso fuera así, él ya lo hubiese hecho, evitando el sufrimiento de sus padres y le confeso su enfermedad. Luego de escuchar su confesión, el hombre le obsequio un amuleto que consideraba de la suerte, el cual tenía un fuerte olor a pasto recién cortado, ese olor le trajo al mendigo llamado, recuerdos de su infancia, cuando jugaba con su padre en los verdes montes mojados por la lluvia.

Al llegar el tren rumbo a Corrientes, el mendigo y el Principito, les agradecieron por el alojamiento y por haberlos transportado, pero el hombre que perdió a su hijo les dijo que lo que ellos hicieron, no se comparaba con la enseñanza de vida que les habían dejado. Luego de despedirse subieron al tren y éste comenzó la marcha que con su ritmo, amodorraba el corazón, para que descansara un poco de tantas emociones.

Mientras viajaban, el mendigo le contó al Principito que él vivía en una zona muy diferente a la que se veía por las ventanillas, porque su hogar tenía riachuelos, lagunas, esteros y humedales. Era muy diferente a ese lugar tan frío y con montañas. Continuó diciendo: "El lugar donde vivo se llama Tatabuá, y se encuentra en Corrientes."

El joven Príncipe le preguntó qué significaba ese nombre tan extraño, y él le respondió: "Significa, en el idioma guaraní, 'cueva de fuego'".

El principito quedó por un momento en silencio, pensando a qué se debía ese nombre - ¿Acaso en Tatabuá, existían cuevas que dentro ocultaban dragones hambrientos que de su boca soltaban rojizas y calientes llamas de fuego? Esa idea lo hacía estremecerse de miedo, porque le contaron historias de dragones malvados que comían princesas, ^{el} nunca vio un dragón de verdad, pero tenía miedo de qué podría ocurrir, si se encontraba uno.

Con temor se asomó a la ventana y sintió un aire fresco con aroma a pino, el cual lo reconfortaba, dando la ilusión de que todo estaría bien. Se calmó un poco al ver el paisaje y empezó a olvidar sus preocupaciones.

Después de muchas horas de viaje, ya estaban entrando a Entre Ríos. El mendigo y el joven Príncipe, vieron el cartel que decía: "Bienvenidos a Entre Ríos". El mendigo estaba emocionado de llegar pronto a su Corrientes porá.

Al Principito le dio hambre y empezó a comer el exquisito matambre, el mendigo también lo probó y recordó cuando en Navidad su abuela preparaba la mesa junto a su madre, y cocinaban un delicioso matambre. Mientras el joven Príncipe comía, el mendigo recordaba los buenos

momentos que vivió con su familia observando el paisaje de Entre Ríos. Había tranquilidad en el tren.

Estaban pasando por un monte, cuando de pronto se escuchó un irritante chirriar de acero. Todos fueron a preguntar al maquinista, qué había pasado. El maquinista frenó el tren y después de revisar las vías, respondió: -El motor dejó de funcionar, voy a pedir ayuda a la estación de servicio más cercana, la cual queda a 30km, es la única solución, ya que aquí no hay señal, ni conexión, y estamos en el medio de la nada. El príncipe y el mendigo, se ofrecieron a acompañarlo.

Mientras caminaban, empezaron a tener calor y sed, de repente vieron algo moverse entre los arbustos cercanos a las vías, se asustaron y empezaron a caminar hacia atrás, pero el Príncipe fue hacia el lugar donde se veía el movimiento. El maquinista y el mendigo le advirtieron no acercarse, porque podía ser peligroso, no sabían lo que había ahí. El joven Príncipe no les hizo caso, y al dirigirse hacia los arbustos, escucharon un ruido raro y molesto, algo así como: "karauuuuu, karauuuuu"... El mendigo reconoció inmediatamente ese graznido y fue a ver junto al joven Príncipe.

Ambos se asustaron un poco por los fuertes ^{ruido} pero al acercarse vieron una enorme ave, con abundante plumaje color marrón, con manchas y rayas blancas. El mendigo le dijo al maquinista y al Príncipe que esos sonidos, no provenían de un animal peligroso, sino de una pobre ave herida.

El mendigo tenía en su pequeña mochila una toalla, algodón y le quedaba un poco de agua. Tomaron al animal y con mucho cuidado, limpiaron su herida con la pequeña toalla y el agua, mientras el joven príncipe

acariciaba el ave para que se tranquilizara. Luego taparon su herida con algodón, y el principito lo llevó entre sus brazos.

Continuaron caminando hacia la estación, en ese recorrido vieron una planta de Mburucuyá, que al mendigo le trajo recuerdos cuando su abuela con ese fruto hacía refrescantes jugos, y también utilizaba las hojas para hacer remedios para el corazón. Convidó la fruta al joven Príncipe y al maquinista diciéndoles que esa hierba era muy potente para curar el corazón.

El joven Príncipe le ofreció una rodaja de fruta al ave, el cual según el mendigo, se llamaba Carau. El ave comió rápidamente la fruta y el mendigo le ofreció una hoja del Mburucuyá y luego de unas horas, el ave se veía más fuerte.

El mendigo masticó la hierba, al igual que el joven Príncipe y el maquinista. Solo faltaban 15km y tenían más energía, gracias a la hierba medicinal.

Luego de caminar un poco más, vieron un lago con aguas cristalinas, bebieron de él y repusieron sus botellas. El mendigo agregó unas hojas de Mburucuyá a las botellas, para así crear un remedio casero. Le ofrecieron agua al Carau, el animal parecía sediento, luego de tomar un descanso siguieron caminando. Llevaban al ave para que al volver lo curara un veterinario que viajaba en el tren.

Desde lejos ya se veía la estación de servicio, el maquinista muy alegre corrió hasta allí, regresaron, los ayudaron y arreglaron el tren. En el tren el veterinario curó al Carau y le colocó vendas en un ala. El ave aun no

estaba recuperada, así es que el joven Príncipe decidió tenerla, hasta llegar al pueblo del mendigo y ahí lo liberaría.

Luego de un viaje de días, ya estaban entrando a Corrientes. Cambiaron el tren por un ómnibus continuaron viaje. El mendigo estaba muy emocionado y más se emocionaba al ir recorriendo el paisaje. El joven Príncipe se dio cuenta que ese lugar era como su amigo le había descrito: habían lagunas, riachos y mucho monte. Recordó también, que en el pueblo del mendigo existían cuevas de fuego, y pensó para sí: -No dejaré a esta pobre ave indefensa, con esos dragones hambrientos.

El mendigo, reflexionó acerca de los que decían ser sus amigos y lo abandonaron y lo dejaron moribundo y solo. Ellos solo se aprovechaban que él pertenecía a una familia con un buen pasar económico. Pero después de meses en la calle, un joven Príncipe se había compadecido, y le daba una nueva oportunidad para reconstruir su vida y reencontrarse con sus padres. Él, era su único amigo verdadero, con el que podía contar.

Luego de unas horas, llegaron a Tatacuá y el mendigo se puso a llorar de alegría.

Bajó rápidamente del ómnibus y todo lo que vio le trajo recuerdos, empezó a correr, a gritar y a llorar, todo a la vez. ¡ya estoy en casaaa! ¡ya estoy en casaaaa!

El joven Príncipe bajó lenta y temerosamente del transporte, pensando con qué se encontraría. Al ver la pequeña y acogedora ciudad, decidió liberar al Carau en sus cercanías. En el camino había visto unos bellos esteros, el mendigo le informó en su momento, que se llamaban “Esteros de Santa Lucía” y ese fue el destino del Carau. Desató la venda del ala del

ave, observó que su herida ya estaba curada, le dijo adiós a su particular amigo, y dicho esto, la liberó. El Carau abrió sus enormes alas y se perdió en el cielo infinito.

Regresó a la ciudad, donde el mendigo terminaba de enfrentarse con su mala decisión de huir. Se lo veía feliz, más calmo, y con una expresión de haberse quitado mil años de angustia de encima.

El mendigo le contó que lo recibió su padre. Que lo habían buscado mucho tiempo. Que ya habían perdido las esperanzas de volver a verlo. Que se habían enterado del diagnóstico de su enfermedad pero que también los informaron que fue un gran error de diagnóstico. Que jamás pensaron volver a verlo para informarle la buena nueva. Que ellos entendían la situación y lo amaban a pesar del dolor de su desaparición. El joven Príncipe se conmovió mucho del amor que le profesó su familia y decidió quedarse unos días más con su amigo.

El mendigo comenzó a disfrutar una nueva vida y donó mucho dinero a hospitales y personas enfermas. También colaboró con fundaciones que trabajaban para ayudar a jóvenes adictos y a tratar de eliminar problemas de la sociedad como la discriminación y el bullying, ya que él había pasado por esa situación tan penosa e inhumana.

Después de un tiempo, el joven príncipe se dio cuenta de que ya había cumplido con su propósito, el cual era ayudar a su amigo a reencontrarse con su familia. Decidió así, despedirse del mendigo y su familia. El mendigo le agradeció por todo lo que hizo por él y le confesó considerarlo su mejor y único amigo. Le pidió que algún día volviera a visitarlo. Que no

se olvidara de él. Que cuando regresara lo llevaría a conocer muchos otros lugares, la hermosa costanera de Capital, tomarían té, se escucharían chamamé, se bañarían en las costas del Paraná.

El joven Príncipe le prometió que volvería a visitarlo, pero que necesitaba encontrar a otro amigo al que llevaba tiempo buscándolo, pero que antes de partir, necesitaba que le obsequiara su nombre. El mendigo lo miró con ternura y le dijo: Mi nombre es Pedro chamigo, para lo que guste mandar. Se dieron un gran abrazo y con la pasión que pone un correntino cuando quiere bien, le dijo en guaraní:

- **Mboy ára peve, cheanguirũ.** (Hasta pronto amigo)

- **Ñandejára ha Tupãsy taneñangareko.** (Dios y la Virgen te protejan)

El joven Príncipe le regaló una sonrisa pícara de cascabel y con perfecta pronunciación le respondió:

- **Jajohetcha peve.** (Hasta que nos volvamos a ver)

Y se perdió lentamente en el camino, en busca de su amigo el aviador. Sus cabellos destellaban oro con el sol del atardecer y su figura, a lo lejos, se esfumaba con la brisa fresca entre remolinos de hojas secas y el murmullo silencioso de los tacuarales. A lo lejos, el sentido Sapucay de Pedro, se escuchaba como prolongando la triste despedida.

Alumno: Berenises Sol Itati Avalos Ojeda

D N I 49451788

Docentes: Iliana Romero

Escuela N°1 "Manuel Belgrano"

Cel. 3794636294

Correo electrónico: belgranitos2018@gmail.com